

Crítica de libros

Nerina Visacovsky, *Argentinos, judíos y camaradas tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos, 2015, 306 pp.

La tesis de doctorado de Nerina Visacovsky constituye la culminación de diez años de investigación acerca del movimiento de izquierda que más peso tuvo dentro de la colectividad judía en Argentina: el que organizó el Partido Comunista (PC) en torno al Idisher Cultur Farband (Federación de Entidades Culturales Judías, ICUF por sus siglas en idish), que se identificaba a sí mismo como “progresista”, denominación que recoge la autora. El eje del libro está puesto en la red de escuelas adheridas al ICUF y un lugar importante lo ocupa la descripción de sus propuestas pedagógicas, que combinaban en forma original y cambiante aportes de distintas teorías educativas (desde Makarenko hasta Pestalozzi, pasando por Sarmiento y Aníbal Ponce). La autora logra demostrar cabalmente su tesis: la declinación y la extinción de la educación escolar “progresista” idishista no se debieron a su fracaso como proyecto pedagógico sino a que, frente al cambio de condiciones, las nuevas generaciones fueron consecuentes con la orientación de sus antecesores de integrarse a la sociedad argentina y de defender la educación pública y laica. El icufismo estaba fuertemente identificado con el espíritu sarmientino de la ley 1.420. En este sentido, al extenderse la escolaridad de jornada completa en el ámbito público, mientras el sionismo adoptó como política la creación de instituciones privadas de doble turno, los icufistas rechazaron convertirse en escuelas que mantendrían aislados a los judíos del resto de la población y que serían inaccesibles para quienes tuvieran una modesta posición económica. Desde 1968 la propuesta cultural y pedagógica icufista será canalizada a través de la educación extraescolar en jardines de infantes, kinderclubs y colonias de vacaciones.

La primera parte del trabajo aborda la historia general del ICUF argentino. Luego de describir la experiencia de las *arbeter shuln* (escuelas obreras) y las *folk shuln* (escuelas populares), que constituyeron durante el período de entreguerras los antecedentes de lo que serían las escuelas

icufistas, los capítulos segundo y tercero concentran el estudio de la trayectoria de todo el movimiento, desde su fundación en Argentina en 1941 (en París en 1937). Nacido como producto de la política de frente popular decidida por la Komintern, el ICUF compartirá durante la década de 1940 el espacio político “antifascista” junto al resto de la izquierda liberal judía y el sionismo. Esta etapa de colaboración se extendió hasta inicios de la guerra fría, luego de la creación del Estado de Israel, e implicó el ingreso de la mayoría de las escuelas “progresistas” al comité de educación de la futura AMIA, que subsidiaba a las instituciones cuyos programas acordaran con la concepción sionista, que no dieran clases los sábados y que enseñaran el hebreo, nada de lo cual cumplía hasta entonces ninguna de las redes escolares laicas e idishistas, que reunían a la mayoría del alumnado judío. A principios de los 50 el sionismo utiliza su mayoría en la AMIA (en cuyas elecciones el ICUF acababa de obtener un 40% de los votos) para expulsar del comité educativo (y privar de subsidios) a toda la red de escuelas de los distintos movimientos que rechazaban el sionismo, desde el PC hasta los religiosos ortodoxos de Agudat Israel. Comienza entonces una etapa marcada por una polarización creciente entre sionismo e icufismo, en la cual este último recorre un ciclo de auge y declive, hasta el IX Congreso de 1968 que resuelve finalizar la experiencia de escuelas en idish para orientarse hacia la educación extraescolar. La primera parte termina con un capítulo dedicado a analizar las distintas instituciones que integraban el ICUF, como la agrupación juvenil, la organización femenina, la Comisión Pedagógica y la experiencia de vanguardia de mayor trascendencia y duración: la de los kinderclubs y la colonia de vacaciones Zumerland.

La segunda parte del libro es un estudio de caso de la escuela Isaac León Peretz de Villa Lynch, en el cual se reconstruye la historia de la radicación judía en torno a la industria textil en aquel barrio del partido bonaerense de San Martín. La autora examina la conformación del tejido social judío barrial a través de la influencia de las dimensiones étnicas, lingüísticas, laborales, de clase y políticas. Un valor particular adquiere su descripción del pasaje de gran parte del proletariado textil judío a la pequeñoburguesía, a través de la adquisición de la propiedad de telares o de pequeños talleres, y de cómo este desplazamiento social gravitó en la política del PC al interior de la colectividad. También tiene un lugar la reseña del desarrollo del crédito cooperativo, fuertemente vinculado al sostenimiento de las escuelas judías.

Una de las grandes virtudes de la exposición es la inscripción constante de la narración en la historia política nacional e internacional. Así, por ejemplo, la disputa entre las organizaciones sionistas y las comunistas son explicadas no sólo atendiendo a la relación con el Estado nacional sino también a la alianza del Estado de Israel y el sionismo mundial con el imperialismo contra la Unión Soviética en el marco de la guerra fría. Asimismo es un mérito la elaboración de semblanzas biográficas de muchos protagonistas del icufismo, como Rubén Sinay, Pepe Paín, Berta Perelstein, Tzalel Blitz y Leike Kogan.

Desde el punto de vista de la historiografía sobre la población judía en Argentina, el libro es un gran aporte a la reconstrucción de la historia, silenciada por las instituciones oficiales, de las corrientes de izquierda, dominantes durante toda la primera mitad del siglo XX dentro de la colectividad, y en particular de la izquierda internacionalista antisionista. La investigación le permitió a la autora iluminar el devenir de otras corrientes políticas judías de izquierda, como el linkepoaleisionismo (que abandona su adhesión a la III Internacional para convertirse en el ala socialdemócrata del sionismo) y el bundismo (que pierde su inicial internacionalismo antisionista y sigue un curso de aproximación al sionismo socialista, hasta la desaparición del Bund).

El trabajo contribuye enormemente a la reconstrucción de la trayectoria del Partido Comunista Argentino, enfocada desde la colectividad judía pero también desde la rama industrial textil, en la que el PC tenía un peso decisivo, y desde el campo educativo, en el cual el comunismo desplegó iniciativas innovadoras. El estudio permite apreciar nitidamente los vaivenes de la orientación frentepopulista del PC siguiendo la política exterior soviética: si con la adopción de la táctica “antifascista” se aproxima al liberalismo y al sionismo, lo que lo lleva a apoyar inicialmente la creación del Estado de Israel, con la guerra fría el partido comienza una lenta evolución hacia la colaboración de clases “antiimperialista”, que lo llevará a buscar frentes “patrióticos” con la burguesía nacionalista. Es así como la contraposición de la década del 20 entre una identidad internacionalista y otra nacionalista, se había transformado en la década del 60 en una confrontación entre dos nuevas identidades: una que se reconocía en la nacionalidad argentina y otra que se identificaba con la ciudadanía israelí.

Javier Díaz (UBA)

* * *

Marcus Rediker, *Outlaws of the Atlantic. Sailor, Pirates, and Motley Crews in the Age of Sail*, Londres: Verso, 2014, 241 pp.

Aunque los lectores de habla hispana posiblemente lo asocien de manera inmediata con *The Many-Headed Hydra* (2000), escrito junto a Peter Linebaugh –el único de sus libros que ha sido traducido al español–, el historiador norteamericano Marcus Rediker es autor de una obra profusa y ha dedicado su larga carrera al estudio de lo que considera los protagonistas olvidados de la historia atlántica de los siglos XVII al XIX: marineros, prisioneros, fugitivos, piratas y esclavos. Desde la publicación del notable *Between the Devil and the Deep Blue Sea*, en 1987, es una inquietud que ha tenido expresión en otras publicaciones, como *Villains of All Nations* (2004), *The Slave Ship* (2007) y el más reciente *The Amistad Rebellion* (2012), además

de numerosos artículos. Su último libro, *Outlaws of the Atlantic: Sailors, Pirates, and Motley Crews in the Age of Sail* (2014), constituye en gran medida una recopilación de trabajos ya publicados previamente, y sintetiza las conclusiones de una investigación de más de treinta años.

La modernidad capitalista fue marcada a fuego por la expansión interoceánica europea, y así es como la historia de la navegación y de los intercambios marítimos ocupa un lugar central tanto en las historias globales del capitalismo como en las distintas historias nacionales. Parfraseando a Bertolt Brecht en sus “Preguntas a un obrero que lee”, Rediker se interroga acerca de quiénes eran los hombres que poblaron esos barcos durante siglos. *Outlaws of the Atlantic* es, como buen resumen de la obra de Rediker en las últimas décadas, una exploración sobre las experiencias de estos desconocidos protagonistas de un periodo clave de la historia. El libro, según las palabras del propio autor en el prefacio, “explora el océano como un escenario de actividad humana y cambio histórico en el contexto del ascenso atlántico y global del capitalismo” (p. x).

El primero de los siete capítulos –preparado originalmente para una conferencia dictada en 2012– es el más original y al mismo tiempo el que tiene un carácter más analítico. Se llama “The Sailor’s Yarn” y es una larga reflexión acerca del papel jugado por los relatos o historias contados por los marineros y hombres de mar en la conformación de una “esfera pública proletaria”. Jugando con el doble sentido del término (en inglés, *yarn* quiere decir “cuento” pero también “cuerda”, un instrumento de uso habitual en los barcos), Rediker rastrea la vitalidad de este mundo cultural, argumentando que allí está una de las claves de la creación de sociabilidades y vínculos de clase. Según el autor, “desde las cubiertas de los barcos hasta los muelles y las calles, pasando por los talleres, las tabernas y los bares, toda el área portuaria era una ‘zona de contacto cultural’ de la más destacada importancia” (p. 10).

Los cinco capítulos restantes tienen un carácter algo más descriptivo: se trata de una compilación de ensayos y artículos elaborados por Rediker en las últimas décadas en los cuales analiza distintas experiencias históricas de marineros, soldados, fugitivos, piratas y esclavos. Todos ellos, según Rediker, comparten el rasgo común de ser “rebeldes marítimos de todas clases”. El capítulo 2 explora la vida de Edward Barlow, un marino de muy baja extracción social que recorrió los mares en la segunda mitad del siglo XVII y aprendió a leer y escribir a bordo, dejando un diario lleno de textos e imágenes que representan una preciosa fuente para la investigación. El capítulo 3 también reconstruye una biografía: en este caso la de un médico inglés llamado Henry Pitman, que venía de una próspera familia pero fue capturado y vendido como esclavo, dejando un relato escrito de las vicisitudes que lo llevaron a escapar de la servidumbre.

El capítulo 4 pasa de lo individual a lo colectivo, examinando “las dimensiones social y cultural de la piratería, concentrándose en la experiencia de los piratas, la organización de sus barcos, sus relaciones sociales y

su conciencia” (p. 64). Rediker sostiene que los piratas “construyeron un mundo en desafiante oposición a las costumbres del mundo que habían dejado atrás”, y especialmente en contra de todas sus formas de autoridad constituidas (p. 72): su objetivo es recrear su historia social, sus vínculos y sobre todo su relación con el más amplio universo de los expropiados y explotados de la época. Un aspecto que se profundiza en el capítulo 5, tomado de *The Many-Headed Hydra*, en el cual Rediker y Linebaugh exploran la fascinante historia de las tripulaciones revolucionarias en el contexto de la revolución de independencia norteamericana.

Los últimos dos capítulos, por su parte, examinan la historia de los otros grandes protagonistas de este mundo marítimo subalterno: los esclavos negros que eran transportados en masa desde África hasta las costas del nuevo mundo. En el capítulo 6, extraído de su libro *The Slave Ship*, Rediker propone su “historia humana” de los barcos esclavos, atendiendo a los vínculos construidos por los prisioneros y, particularmente, sus intentos –varias veces exitosos– de rebelarse y escapar. Este es asimismo el tema del capítulo 7, que se basa a su vez en su último libro, *The Amistad Rebellion*, y aborda el caso de la tripulación del navío de ese nombre, que logró escapar y tras un histórico juicio en los Estados Unidos pudo retornar a África, donde su historia forjó durante generaciones la memoria de la población local.

La obra de Rediker analiza el estrecho vínculo que existe entre, por un lado, la historia de la expropiación del campesinado europeo y, por el otro, aquella de la conquista y colonización del Nuevo Mundo: la suya es, en este sentido, fundamentalmente una historia de los orígenes del capitalismo. Demasiado a menudo se estudian estos episodios como historias separadas, perdiendo de vista la importancia central que la expansión colonial tuvo en la transición al capitalismo. Rediker explora las vicisitudes de la gente que vivía “fuera de la ley”: esto es, de aquellos sobre quienes caía el peso de un Estado que construía así su “legalidad” capitalista, cuya base es separar coactivamente a los productores de los medios de producción.

Rediker elabora este relato mirando “desde abajo” la experiencia de los protagonistas de ambas historias: se trata por lo tanto de una historia de los expropiados por el capital. La obra de Rediker pone así en cuestión la idea según la cual la historia del capitalismo debe ser una tarea asumida en forma exclusiva por historiadores económicos. Su trabajo es una reivindicación de la historia social y al mismo tiempo una llamada de atención para los historiadores de la clase obrera acerca de la necesidad de expandir hacia atrás los límites de nuestra investigación, trazando una continuidad con aquellos que investigan la historia de los explotados en períodos pre-capitalistas.

Por último, el escenario de estas historias no es ni el Viejo ni el Nuevo Mundo, sino el océano: por eso la suya es, por último, una historia del Atlántico y en gran medida una historia marítima. De ahí su argumentación en contra de lo que considera una historia “tierracéntrica”, para la cual lo ocurrido en el océano solo tendría un papel secundario.

Outlaws of the Atlantic, en suma, tiene el mérito de resumir la obra de un historiador social de lectura indispensable para todos los interesados en la mejor tradición de la “historia desde abajo” de los Estados Unidos, acaso poco preocupada por cuestiones teóricas pero fuertemente interesada por reconstruir las trayectorias de lucha y las experiencias de los sectores populares en un sentido amplio. El libro, por otra parte, tiene la capacidad de articular una serie de problemas y temáticas que suelen abordarse en forma diferenciada, además de ampliar saludablemente los horizontes de los historiadores comprometidos con la historia obrera.

Lucas Poy (UBA - Conicet)

* * *

Roberto Pittaluga, *Soviets en Buenos Aires. La izquierda de la Argentina ante la revolución en Rusia*, Buenos Aires: Prometeo Libros, 2015, 399 pp.

La triunfante Revolución Rusa de octubre de 1917 inició un ciclo de desafíos al poder de la burguesía que se irradió hacia la totalidad del planeta durante la mayor parte del siglo XX. Pero las derivas de su recepción y posterior derrotero fueron complejas. Por una parte, despertó en las filas de las dirigencias y bases de las diferentes expresiones de las organizaciones de izquierda tanto la certeza de la posibilidad del triunfo como el desconcierto por su notable originalidad, que cuestionaba sus certezas previas. Debieron confrontar las propias concepciones y prácticas con las novedades introducidas por un reducido agrupamiento de la socialdemocracia rusa. Nos referimos al partido bolchevique que simultáneamente dirigió la insurrección victoriosa de las masas obreras y campesinas a través de los soviets e instauró un nuevo lenguaje político: soviets, Estado obrero, dictadura del proletariado, partido de revolucionarios profesionales, etc.

Sobre el capítulo argentino de la izquierda ante la revolución rusa trata la investigación de Roberto Pittaluga, que defendió como tesis de doctorado en 2014 y publicó recientemente. La indagación está acotada temporalmente en el primer lustro de la revolución con esporádicas extensiones al resto de la década de 1920. Sobresale la amplia pesquisa realizada en archivos, explorados de manera exhaustiva, y cristalizada en un sólido conocimiento de las principales corrientes y fracturas internas de las izquierdas del período. Otro aspecto en el tratamiento de la masa documental es considerarla en sus aspectos nacional e internacional: los comentaristas “extranjeros” están en pie de igualdad con los “locales”. Afirma Pittaluga que el objetivo no es convertirse en una suerte de juez en las disputas entre las distintas interpretaciones sobre la revolución para descubrir las más acertadas o denostar supuestos yerros. Su esfuerzo se orienta a descubrir los puntos ciegos y analizar los conceptos puestos en juego por las izquierdas verná-

culas contemporáneas a la revolución, sin que necesariamente tuvieran conciencia de sus implicancias. En suma, aspira a una historia conceptual cuya principal referencia metodológica es Kosselleck, en fuerte tensión con una lectura de la recepción e historia intelectual que, a nuestro entender, no hace explícita.

El libro está estructurado en dos partes claramente diferenciadas. La primera, nos aproxima a las representaciones (imágenes y relatos) que se forma cada corriente de izquierda sobre el proceso revolucionario en curso.

Para el socialismo vernáculo la revolución desata un clima interno de deliberación que cuestiona sus cimientos y pone en crisis la idea de que su grupo dirigente detentaba la representación de los trabajadores. Entre los libertarios, la revolución rusa amenazó con corroer su identidad: en un primer momento intentaron capturar en sus marcos interpretativos una revolución que durante su transcurso se fue apartando de los esquemas aceptables para el anarquismo. En torno a *La Protesta* rápidamente surgieron voces críticas y, posteriormente, de abierto rechazo, pero de manera simétrica emergió un agrupamiento señalado como anarco-bolchevique que mantuvo una postura positiva sobre el proceso ruso. En su lucha simbólica, la pérdida del monopolio del nombre “comunista” en manos de los bolcheviques fue un factor de perturbación entre las filas libertarias. La creación de un Partido Comunista local suele interpretarse como la culminación de un proceso de formación de sectores opositores al interior del Partido Socialista liderado por Juan B. Justo bajo la inspiración de la socialdemocracia reformista. Pittaluga matiza esta lectura ya que postula que los grupos rebeldes estaban completamente desarticulados hacia fines de 1917. Así, la revolución rusa solamente ofrece un lugar para el malestar de un grupo variopinto, más unidos por la praxis tendiente a la autonomía y la descentralización que por un programa desarrollado gradualmente, que termina coincidiendo con el bolchevismo. La constitución del PCA erigida en torno al impredecible hecho revolucionario ruso habría de recorrer una década para alcanzar su estabilidad organizativa. Por último, para el *sindicalismo*, la revolución concretada estorbó una estrategia que redundó en notables avances organizativos en la Argentina, gracias a las relaciones informales de la FORA IX y sus más destacados dirigentes con el gobierno radical.

La segunda parte del libro, la más extensa y ambiciosa, nos sumerge en las propuestas de la historia conceptual. La exposición de sus resultados sigue formas menos tradicionales de escritura, si no abiertamente experimentales. Los distintos referentes de cada interpretación tienen prioridad frente a la posterior interpretación del historiador. Cada concepto es analizado como entradas de un posible diccionario de conceptos políticos sociales claves que a su vez se expanden siguiendo sus más variados sentidos. Pasamos a enumerarlos: tiempo, sujetos, régimen, sociedad y cultura, y espacio.

A modo de ejemplo tomamos la entrada “Sujetos”, que se desarrolla en los siguientes apartados: “La avanzada de las minorías revolucionarias”, “De la asignación de los saberes”, “La «confusión» maximalista”, “Suturas y

tensiones de las vanguardias a las masas” y finalmente “Soviets”. Tomemos la “confusión” maximalista: encontramos que la traducción de bolchevique por maximalista, en lugar de “mayoritario”, no estaba motivada por ninguna confusión sino que implicaba un rebasamiento de sentido para aprehender una revolución en curso liderada por un grupo radicalizado de la social-democracia rusa entendido como la aparición de una política que buscaba concretar su programa máximo. La utilización del vocablo maximalista permitía englobar a aquellos que simpatizaban activamente con la revolución y que pretendían alcanzar su legitimidad en la propia Moscú. Socialistas, anarquistas y *sindicalistas* podían reclamar su condición de maximalistas en competencia con aquellos que comenzaban a autodenominarse comunistas.

Un comentario aparte merece la última sección. Reservada para las conclusiones, hallamos apenas una “Coda” que no cumple la esperada función de síntesis, presentación de los resultados o cierre de esta ambiciosa investigación. El autor prefiere no tanto adelantar futuros interrogantes como señalar la imposibilidad de cierre de toda obra historiográfica, pero también renovar las esperanzas en la emancipación social. Dejamos al autor decirlo: “una revolución donde los medios no tienen fines preasignados, sino que los medios/fines se resuelven en la praxis (creadora) de los agentes”.

Consideramos que el libro está sólidamente sustentado en el relevamiento y eficaz lectura de un gran acervo documental que indaga desde la historia conceptual (con un profundo conocimiento de la historia social) y destaca por la originalidad de su estrategia de escritura. Estas apuestas historiográficas y discursivas nos permiten un conocimiento exhaustivo de cómo fue evolucionando el impacto de la revolución en Rusia, en las conciencias de la izquierda argentina, pero no a través de las “certezas finales” o de las conclusiones posteriores de cada agrupamiento, sino indagando en los tanteos, en las vacilaciones, en el lento desarrollo parcial de una comprensión que fue después dominio de toda una generación.

Cristian E. Aquino (UBA)

* * *

Mario Rapoport, *Bolchevique de salón. Vida de Félix J. Weil, el fundador argentino de la Escuela de Frankfurt, Buenos Aires: Debate, 2014, 569 pp.*

Detengámonos en esta imagen. Un hijo de judíos alemanes, nacido en Buenos Aires en 1898, se entrevista en octubre de 1920 con Grigori Zinoviev, referente de la Internacional Comunista (IC). Ocurre en la ciudad de Hasse, en el congreso fundador del PC Unificado de Alemania y mientras el joven preparaba un retorno a la Argentina. Lo hacía tras una estancia educativa de trece años en tierra germana, donde había obtenido en la Universidad de Frankfurt su título de Doctor en Ciencias Políticas, con una tesis dirigida por

Alfred Weber dedicada al estudio de los planes de “socialización”, pero donde también había protagonizado otra experiencia sustantiva: su adhesión al marxismo y a la revolución. El dirigente ruso le propone realizar actividades clandestinas al servicio de la IC, con el fin de recabar informaciones del flamante PC local. El joven se llama Félix J. Weil, y se convierte durante poco más de un año en el primer delegado de aquel organismo mundial en el Río de la Plata. El dato, aún muy escasamente conocido, no merecería mayor curiosidad si no atendiésemos al hecho de que no se trata de un cuadro comunista obrero o intelectual de rasgos tradicionales: es el rico heredero de una próspera compañía en el rubro de la comercialización agrícola en la Argentina (de hecho, la tercera en importancia), que se encuentra obligado a emprender su estadía en el país precisamente para ocuparse de asuntos de la empresa familiar. Más aún, el peso y la posición estratégica de ese capital lo habían conducido en 1917 a una entrevista, acompañando a su padre, con el káiser Guillermo II, un año antes de la conversión del estudiante a las ideas socialistas.

Analizar una vida con ribetes tan contrapuestos, que ni siquiera se limitaron a estos aspectos, es una apuesta difícil. Mario Rapoport se propuso encararla, con una voluminosa obra que ofrece los múltiples contornos de un ensayo biográfico, de una reconstrucción de los contextos económicos, sociales, políticos y culturales en los que Weil actuó, y de una historia de las ideas. Ello incluye el cotejo de todos los escritos del peculiar personaje examinado. *Bolchevique de salón*, en sus once capítulos, no siempre alcanza una total eficacia en la profundización, la combinación y el equilibrio entre y en cada una de estas esferas, pero sí logra brindar una descripción y una visión analítica global del tema, la más completa, documentada y minuciosa hasta el momento. Sin duda, amplía el conocimiento existente hasta hoy en las tesis doctorales de Helmut Eisenbach y de Martin Traine, cuyo adelanto conocíamos en dos breves ensayos publicados en 1995 en la revista *Espacios* de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). La novedad esencial en cuanto al relevamiento empírico del libro remite a las incompletas memorias y a algunos artículos de Weil (y también de los que opinaron sobre éstos), materiales desconocidos o escasamente escrutados, la mayoría sin traducir del alemán o el inglés.

El biografiado siempre estuvo más identificado por el papel que ejerció y fue tantas veces señalado, aunque sin pormenorizar, por ejemplo, en las consagradas obras de Martin Jay y Rolf Wiggershaus: ser el mecenas de un sofisticado foco del pensamiento y la teoría social crítica del siglo XX. En efecto, tras su segunda vuelta a Alemania, Weil se había implicado en nuevos proyectos dirigidos al desarrollo de la cultura marxista. En mayo de 1923 fue uno de los promotores y financistas de la Primera Semana de Trabajo Marxista, reunida cerca de la pequeña ciudad de Ilmenau (Turíngia), junto a los filósofos y dirigentes comunistas Karl Korsch y Georg Lukács, entre otros. El paso más audaz vino luego, cuando Weil juntó la fortuna heredada de su madre recién fallecida y los fondos financieros que le proveyó su pa-

dre, para inaugurar, en junio de 1924, el Institut für Sozialforschung (IFS, Instituto de Investigación Social), conocido con el paso del tiempo como Escuela de Frankfurt, formalmente vinculada a la universidad local, hasta su disolución con la llegada del nazismo al poder. Alrededor del Instituto paradójicamente creado con los recursos de la renta agraria pampeana, que inicialmente, durante la dirección del austromarxista Carl Grünberg, giró en torno a preocupaciones de la teoría socialista y referidas al análisis del movimiento obrero, se fueron reuniendo luego una serie de intelectuales de trascendencia en los años siguientes: Max Horkheimer, Theodor W. Adorno, Friedrich Pollock, Herbert Marcuse, Walter Benjamín, Leo Lowenthal y Erich Fromm, entre otros. Más aún, tras evaluar la reinstalación del IFS en algunas de las universidades argentinas y no poder concretar tal proyecto, en 1935 Weil volvió a colaborar en la financiación de la nueva sede de la entidad en la Universidad de Columbia, en Estados Unidos, país en el cual acabó radicándose hasta su muerte. Y desde 1949 volvió a dar el respaldo para el regreso del IFS a Frankfurt, ya cuando, bajo la nueva dirección de Horkheimer, el centro había virado hacia un abordaje multidisciplinario y más heterogéneo del capitalismo postliberal, propio de la filosofía social y la Teoría Crítica, en donde el eje estuvo en el examen de la razón instrumental, de la dominación de la naturaleza, de la cultura y de la ideología.

En los capítulos 5 a 7 el libro revisa en detalle los específicos roles que Weil desempeñó en todo este proceso de surgimiento y evolución del IFS, complementando o contextualizando algunos datos ya conocidos (extendiéndose en demasía en la presentación de las posiciones de la Escuela de Frankfurt), si bien es especialmente original el análisis que se aporta acerca de la interpretación que Weil hizo sobre la naturaleza del Estado nazi y el soviético y, en menor medida, respecto del capitalismo de Estado y la economía dirigida. En todo caso, Rapoport acierta en reclamar que Weil debe ser estudiado no sólo en sus facetas de patrocinador económico y promotor del campo intelectual, sino también por el valor de sus propias elaboraciones teóricas, aún a pesar de que ellas no hubieran dado vida a un conjunto vasto de publicaciones (la mayoría de las cuales, por otra parte, refirieron sobre Argentina).

Desde luego, Rapoport enfocó su análisis (capítulos 9 y 10) en el único libro de Weil (más allá de algunos otros escritores menores), que comulgaba poco con la Teoría Crítica frankfurtiana. Nos referimos a la extensa y empíricamente muy fundada obra que aquél editara en Nueva York en 1944 bajo el título de *Argentine Riddle* ("El enigma argentino"), redactada luego de su tercera y última estadía en Buenos Aires en 1939 (transcurrieron más de seis décadas hasta la traducción y publicación local del texto). Allí contemplaba la encrucijada en que se hallaba la Argentina tras la crisis económica mundial y la guerra. Intentaba captar las claves del dislocado capitalismo local, en donde se combinaba el latifundio rural y una modernización e industrialización fallida e incompleta, merced, todo ello, decía Weil, al carácter semicolonial del país, sometido al imperialismo británico y a la

cultura rentística de la burguesía nativa. Exploraba los propios intentos del equipo económico de Federico Pinedo y sus proyectos industrializadores en los años 30, en comparación con la experiencia del New Deal norteamericano. Señalaba la corrupción de los diferentes partidos dominantes, el sistema electoral fraudulento, la represión política y las pésimas condiciones de vida de la mayoría laboriosa. Fueron análisis que luego complementó con otros en los que identificó a la emergente figura de Perón, inicialmente no como nazifascista, sino como garante del poder de los estancieros, en vínculos con el imperialismo británico. En la década siguiente, los extendió con varios artículos en los que hizo gala de un antiperonismo cerril de juicios algo pedestres, en tensión con sus propias posiciones anteriores, incluso con demasiada afinidad con los planteos del imperialismo norteamericano, lo cual Rapoport registra convenientemente. A pesar de estas y otras confusiones y yerros, y de introducir algunos enfoques disímiles a una perspectiva teórica marxista, es recordado el interés que despertó *Argentine Riddle* en el intelectual trotskista Milcíades Peña. Fue uno de los pocos marxistas que exploró a este autor y publicó uno de sus textos en la revista *Fichas de Investigación Económica y Social* en 1965, con el fin de encontrar sustento para la interpretación que él y su corriente política habían hecho acerca del bonapartismo peronista y su defensa de los intereses ingleses.

Una y otra vez aparecen apuntados en la obra los pliegues de una vida de perfiles discordantes, mundos opuestos y geografías dispersas (Argentina, Alemania, Estados Unidos). La extravagante situación de un individuo que en su estancia porteña durante los años 1931-1935, sucesivamente, restablece sus contactos con el PC local y el Secretariado Sudamericano de la IC (a los cuales volvió a financiar), dicta cursos en el Colegio Libre de Estudios Superiores sobre cuestiones impositivas y economía dirigida (en donde aún avala la planificación soviética), escribe para *Argentinisches Tageblatt* (el tradicional diario germano liberal de Buenos Aires), pero concluye, increíblemente, y tal como se analiza en el capítulo 8, colaborando en la comisión del Ministerio de Hacienda, a cargo de Pinedo, que redacta la primera Ley de Impuesto a los Réditos del país.

En el desafío de procesar estas líneas divergentes, el relato biográfico y analítico de Rapoport también evidencia ciertos claroscuros o límites. Considerando su especialidad como historiador económico y social, del pensamiento económico y de las relaciones internacionales, cobran sentido los tan logrados dos capítulos iniciales de su libro, de carácter contextual, referidos al análisis del emporio agroexportador argentino y de la Compañía Weil Hermanos. Pero, precisamente, queda algo más desatendido el trayecto del Weil “bolchevique”, sus iniciales vínculos con el comunismo y sus relaciones cambiantes con el marxismo, temas más brevemente tramitados en parte de los capítulos 4 y 5 (en donde sí destaca la importancia del pionero ensayo de historia del movimiento obrero argentino que Weil publicó en Alemania en 1923). La permanente e implícita interrogación que en las más de 500 páginas de la obra se hace acerca de las misteriosas derivas

del “millonario marxista”, del ex comunista que operó como asesor de un régimen conservador que amparaba la estructura económica social a la cual él mismo impugnaba en su libro, no encuentran la sutura de una respuesta concluyente. El autor lo sabe: el propio “enigma Weil” queda erigido. Pero con el erudito texto de Rapoport tenemos mayores puntos de apoyo para seguir explorándolo y buscar, quizás vanamente, una resolución.

Hernán Camarero (UBA - Conicet)